

*José Manuel Casado Vázquez*  
**CETÁCEOS**



**Fundació "la Caixa"**

Solía venir los martes y alguna vez también los viernes, aunque lo mismo se pasaba toda una semana sentado debajo del extintor que cuelga junto a la escalera de incendios con las piernas dobladas para no estorbar el paso de la gente, con ese gesto un poco cohibido cuando le parecía estar molestando; flexionaba la pierna para cambiar de postura o tal vez eso lo hacía porque se le había dormido y quería que le volviese la circulación. Cada mañana era igual, yo entraba justo a las nueve y a las nueve y cinco ya lo tenía allí revoloteando en busca de su libro y ni siquiera un saludo ni un «buenos días» antes de sentarse y ponerse a leer. Le gustaban los jardines y siempre rebuscaba en el mismo estante, abajo a la izquierda junto a la puerta de la escalera, y luego de coger su libro se dejaba caer como si llevase mucho tiempo sin descansar, aunque de eso no estoy segura: hay gente que siempre anda suspirando cuando coge la butaca, son los cansados por naturaleza, como yo le digo a Claire. La sección de jardinería no es muy popular, hay poca gente a la que le interesen los



jardines de Kent o cómo crear un huerto en la azotea, así que la sala estaba casi siempre vacía salvo que algún despistado se hubiera equivocado de planta y buscara el ascensor, y él podía pasarse la mañana leyendo a placer, un poco tenso a veces, cerrando el libro como si de pronto pensara que estaba molestando y que me quejaría al encargado y le echarían a la calle. A mí me resultaba un poco extraño que se sintiera tan inseguro porque todo el mundo sabe que aquí la gente puede quedarse horas leyendo de pie entre los estantes o sentarse con la espalda pegada a la pared y nadie les va a decir nada, aquí esa libertad es lo primero de todo. A ratos algunos clientes me distraían: los libros de viaje están en los expositores de la sala contigua, justo en el centro, o son doce con noventa y cinco, gracias por la compra, y él levantaba la cabeza y me miraba fugazmente desde su rincón con esos ojos un poco lobizones que suelen tener los hombres que llevan vidas solitarias.

Creo que fue en octubre cuando vino por primera vez, un día lluvioso y con viento y él sin gabardina y con aquellos pantalones raídos que nunca se cambiaba y la chaqueta que le quedaba holgada, como si se hubiera agrandado después de comprarla en uno de esos mercadillos de domingo. Luego empezó a venir más a menudo y yo me acostumbré a su forma de ser, a sus silencios, y le esperaba inquieta cada mañana hasta verle abrir la puerta del ascensor, tan silencioso, tan azorado o tal vez solo alerta. Un día me vino una idea loca y mi corazón se puso como un bólido a doscientos, por eso viene tanto a verme

pero de tímido que es no se atreve a decirme nada, ni un «hola», que es lo mínimo. Claro que tal vez era yo quien le quitaba las ganas, con la blusita blanca con encajes y la falda tableada largo Marks and Spencer que hacía juego con el cárdigan rosa regalo de mamá, pero sobre todo las gafas y esta horrible montura de pasta negra que me sienta fatal, son estas malditas gafas, le dije a Claire, pero mamá no hace caso, mira tu prima Molly, con lo tonta que es y se las arregló para engatusar a Charlie. Pero no tiene nada que ver, yo no puedo con estas gafas de pasta y este moñirri que a ella le gusta tanto que me ponga, es lo que mejor te queda o estás muy guapa y mentiras por el estilo. Así que salí de compras y encontré una montura salmón que me encantaba, me sacaron un buen dinero porque era de marca, pero me quedaba preciosa y con la melena suelta seguro que ahora él me sonreiría, al menos eso, aunque no dijera una palabra como era su costumbre. Era Navidad y él venía todos los días a leer sus libros y se pasaba la mañana conmigo, abufandado, tosiendo a ratos, un poco más demacrado y con los ojos como sumergidos en las órbitas, y una mañana le esperé con mis nuevas gafas salmón y la blusa verde pálido y una falda que acorté para que me dejara las rodillas al aire, pero él hizo lo de siempre y buscó su libro sin dedicarme ni siquiera una mirada y me dolió, no puedo negarlo, le odié por ser tan retraído y hacer como si no me hubiera visto, como si no



supiera que todo lo había hecho solo para él. A las doce me tocaba la hora de descanso y Julián me sustituyó en la caja para que yo subiera al comedor de personal. Tenía ganas de llorar y me desahogué con Claire, ese mirón es un idiota, me dijo, y a mí me pareció que sí, que era un verdadero idiota, pero luego bajé a la planta y al verle me dio rabia que le llamasen mirón y también idiota, quizá solo tomaba precauciones no fuera a ser que yo me molestase si me interrumpía en mi trabajo y le pusiera en su sitio.

En enero el tiempo mejoró y él se pasó unas semanas sin aparecer por la librería, estará enfermo y habrá tenido que guardar cama, últimamente le notaba algo desmejorado y con círculos violeta alrededor de los ojos. Era temporada de gripe y todos doblábamos turnos para cubrir a los compañeros que se enfermaban y yo de aquí para allá echándole de menos, si al menos lo viera sentado en la escalera cada vez que pudiera escaparme... Después vinieron lluvias por esas borrascas del Atlántico que nos barren de parte a parte todos los años, suerte que la boca del metro queda al lado de casa y luego solo tengo que hacer un transbordo hasta la parada más cercana a la librería. Los días pasaban y él sin venir, tendrá que recuperarse por lo menos una semana, pero un día por fin apareció de nuevo y todo volvió a ser igual que antes, solo que ya no se iba a mediodía y se quedaba leyendo hasta que cerrábamos a las cinco, ya había agotado la balda de abajo y se había pasado a lo del mar, a los arre-

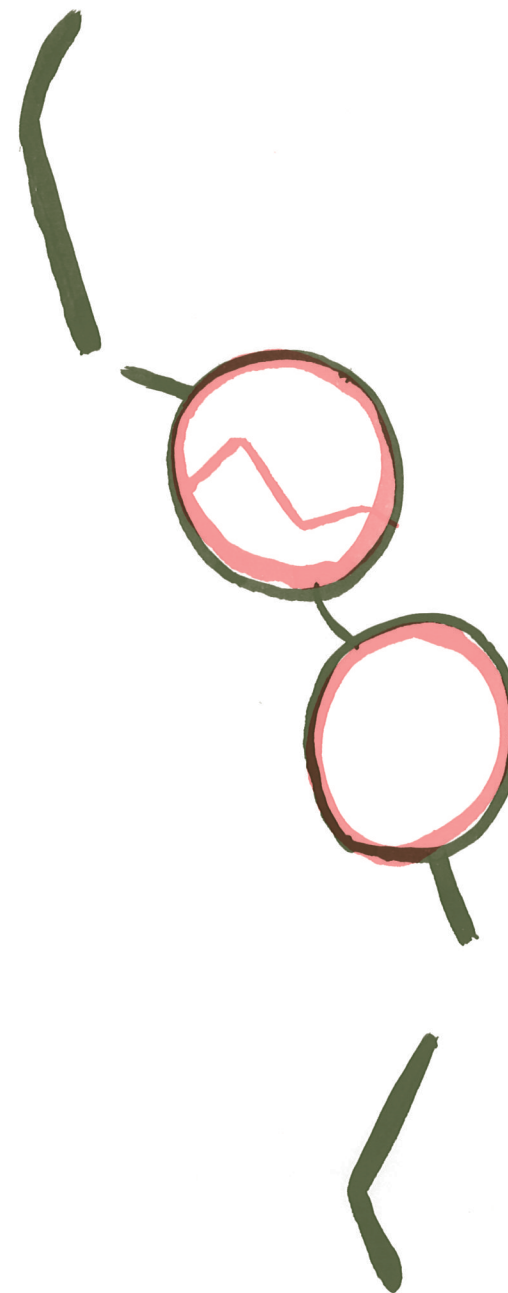
cifes de coral y las migraciones anuales de los grandes cetáceos, y yo me sentía feliz con esa nueva afición que le había entrado así, tan de repente; todo ese leer y leer es solo para quedarse conmigo, y cada mañana me vestía con ropa atrevida y al verle le sonreía. Un día Claire me animó a que le hablase, Claire es mi mejor amiga y me empujaba a dar el paso; te estás volviendo loca, mejor te acercas a ese chico y le dices algo, a primera hora no hay casi nadie y es un buen momento, pero yo no me decidía y le dejaba leer todo el tiempo aunque hubiera sido algo natural que me acercara y le dijera algunas palabras, algo sobre los cetáceos, por ejemplo, pero no me atrevía, quizá él se incomodaría y se sentiría observado y acabaría por abandonar la librería y yo lo perdería para siempre.

En mayo los pubs empezaron a sacar las mesas a la calle y la gente se sentaba en los jardines o bebía cerveza y tomaba el sol tumbada sobre la hierba. Él dejó de venir, pensé que los cetáceos ya le aburrían y que se había mudado a otra sección, la fotografía, tal vez, o la papiroflexia, y lo busqué por todas las plantas pero nada, era como si la tierra se lo hubiese tragado. Hoy tampoco ha venido, le dije a Claire una mañana a la hora del café, me preocupa que vuelva a estar enfermo, y ella miró afuera y me señaló el cielo azul y dijo que no hacía día para pasárselo leyendo.

El siguiente sábado Claire y yo fuimos a Green Park a disfrutar de la primavera. Yo estuve todo el rato distraída, pensaba en el mirón —me había acostumbrado a pensar



en él con ese nombre— y me acordaba de sus ojos tristes y como soñolientos y también de los enormes cetáceos que tanto le gustaban. Más tarde cogí el metro para volver a casa, cerca de King's Cross hay un sitio donde suelen dar comida a los mendigos y había una cola ante la puerta. Yo cruzaba deprisa por delante de la gente que esperaba, casi corriendo, cuando de pronto le vi de pie en medio de la fila y me dio un vuelco el corazón: él era uno de ellos, él con su chaqueta marrón a cuadros que parecía colgarle de los hombros y su mirada hambrienta de reflejos azules, aguardando a que le llegara su turno. Al pasar me reconoció, lo pude ver en sus ojos, pero los bajó al instante como avergonzado, tal vez por estar allí con todos los demás, no lo sé, yo tampoco me detuve y luego sentí como un vértigo al sumergirme en el abismo del metro, y en el vagón otra vez el silencio de los grandes cetáceos y entonces las lágrimas y la falta de aire, pensando en él, ahogándome allí dentro entre aquella gente extraña que parecía disgustada o tan solo apenada, aunque ya no me importase que me viesan llorar, y llegué a casa y mamá me preguntó qué te ha pasado, pero no quise hablarle y me fui al baño y rompí en pedazos mis malditas gafas salmón y fui tirando los pedazos en el cubito rosa para las compresas sucias.



# CETÁCEOS

Primer premio en la categoría de relato  
XII Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores,  
organizado por la Obra Social "la Caixa"  
en colaboración con Radio Nacional de España.

*22 de octubre de 2020*

rne



Fundació "la Caixa"